

hombres que detestan la guerra. Los diversos congresos celebrados en distintos puntos de Europa recientemente, lo han patentizado. Pero en la propia Francia, cuya capital está presenciando en estos momentos la más terrible y admirable propaganda contra la guerra, y en la que viven millares de hombres dispuestos a pelearse por todo menos por el trapo nacional, existen legiones de necios que aspiran a la revancha. Y ante esta caterva de patrioterros, ¿tendrán alguna probabilidad de éxito los que lucharán contra la epidemia que parece acercarse cada día?

Mientras la gravedad de la situación se mece entre el flujo y reflujo de las secretas combinaciones diplomático-financieras, ¿hay que ver cómo deliberan nuestros cabezudos gobernantes desde sus suntuosos ga-

binetes, recostados en mullidos sillones! Estos caballeros preparan las matanzas con la más completa tranquilidad. ¡Claro! ¡Como no corren peligro de que lleguen hasta ellos las balas!....

A Guillermo II también le entra otra vez el delirio de la pólvora seca. De nuevo se oyen sus carraspeos amenanzantes. Francia le contesta temerosa y altiva: "No queremos la guerra—dice,—pero tampoco la tememos."

Este es el pálido reflejo del indeciso momento porque atraviesa nuestra época de bendición y de progreso. Situación impresionante como ninguna, y en que la ronca voz del cañón trata de dar un rotundo mentís a la posibilidad de nuestras fraternales aspiraciones.

Noé Desmenjez.

Napoleón el pequeño

Un hombre llega en una radiante mañana.

Este hombre se inclina hacia los funcionarios y les dice: ¡Funcionarios, prevaricad y haced traición!

Y los funcionarios, prevarican y traicionan.

¿Todos sin excepción?

—Sí, todos.

Se dirige a los generales, y les dice: ¡Generales, matad sin compasión!

—Los generales matan.

Se vuelve hacia los jueces inamovibles, y les dice:

¡Magistratura, yo rompo las tablas de la constitución, yo me perjuro, por consiguiente; yo disuelvo las cortes soberanas, detengo a los diputados inviolables, saqueo el Tesoro público, secuestro, confisco, destierro al que me disgusta, deporto a capricho, ametrallo sin intimación, fusilo sin juzgar, llevo a cabo todo cuanto se ha convenido en llamar crimen, violo todo lo que se llama

derecho; mirad las leyes; todas están bajo mis pies.

—Aparentaremos no ver nada, le dicen los jueces.

—Sois unos insolentes, replica el hombre providencial. Volver los ojos a otro sitio es ultrajarme.

Espero que me ayudéis, jueces, id hoy a felicitarme, a mí, que soy la fuerza y el crimen y mañana los que me han resistido, los que tienen de su parte el honor, el derecho y la ley, serán juzgados y condenados por nosotros.

Los jueces inamovibles le besan las botas y se ponen con toda prisa a instruir el "proceso de los desórdenes." Y sobre la marcha le prestan juramento.

Entonces él distingue en un rincón al clero, bien dotado, dorado, mitrado y encapado, y le dice:

—¡Ah! estás ahí tú, buen Arzobispo! ¡Ven acá, que tú me vas a bendecir todo esto!— Y el Arzobispo salmodia gravemente su "Magnificat". — Víctor Hugo.